

Galera de corrección

En primera persona Correspondencia argentina en dos siglos

COMPILACIÓN Y PRÓLOGO ALEJANDRA ZINA/ GUILLERMO KORN

Ediciones Desde la Gente (IMFC), Buenos Aires, 2003, 128 págs.

Este libro contiene correspondencia cursada entre destacados protagonistas de la literatura argentina de los siglos XIX y XX.

Así, desfilan amenos y significativos intercambios epistolares entre políticos, escritores, periodistas, militares y diplomáticos argentinos que permiten elaborar un rico entramado histórico.

Los compiladores señalan con acierto: "No es difícil sospechar que, en pocos años, las cartas serán consideradas una 'especie en extinción', la comunicación virtual ha ido acaparando y transformando ese espacio de comunicación en el que sólo existían palabras en el papel. Con estos desplazamientos, también se fueron reformulando las exigencias de escritura; así, el pausado (y meditado) trazo de la carta va dejando lugar a una escritura veloz y descuidada que viaja, en pocos minutos, de pantalla en

pantalla. La carta, en cambio, necesita mucho más tiempo; tiempo para ser escrita, para ser recibida, para ser contestada. Es una conversación demorada que puede durar años".

Las voces que se reproducen en esta antología incluyen, entre otras, las de Mansilla, Mitre, Sarmiento, Grousac, Wilde, Ingenieros, Alfonsina Storni, América Scarfó, Scalabrini Ortiz, Manuel Ugarte, Deodoro Roca, Arlt, Oliverio Girondo y Norah Lange, Perón, Macedonio Fernández, Eva Perón, Leopoldo Marechal, Cooke, Pizarnik, Yupanqui, Walsh, Jauretche, Tosco, Santoro, Conti y Mujica Láinez.

Es destacable el exhaustivo trabajo de recolección de fuentes, traducciones y notas aclaratorias de los compiladores (a estas últimas **RE** suma un modesto aporte en la carta que se reproduce).

El volumen que comentamos llegó al IADE poco después de la edición del número 200 de **Realidad Económica**, en cuya presentación decíamos que nuestra revista impulsó un continuo debate, opuesto al lema de la última dictadura militar: *el silencio es salud* y agregábamos: "La fina percepción de nuestro amigo y colaborador, el maestro Hermenegildo Sábat, lo resumió en la ilustración de tapa,

con las figuras de dos polemistas altamente significativos y muchas veces enfrentados ideológicamente, los escritores Victoria Ocampo y Arturo Jauretche”.

Una feliz coincidencia hizo que en la antología de “Desde la Gente” se incluyera una carta de Jauretche a Victoria, que confirma su característica

de “finos” polemistas.

Con la autorización de los editores del libro, reproducimos esa carta y recomendamos calurosamente la lectura de *En primera persona*

Juan Carlos Amigo
Director
Realidad Económica

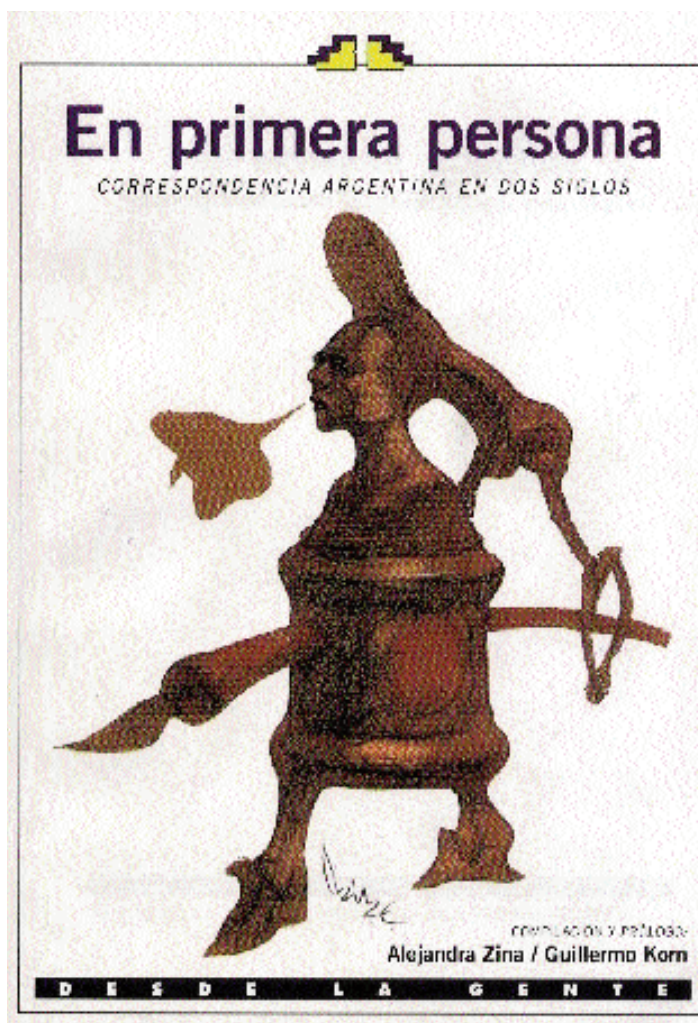


Ilustración de tapa: Carlos Nine

ARTURO JAURETCHE

(a Victoria Ocampo, escritora y editora de Sur)

Buenos Aires, 6 de abril de 1971

Señora Ocampo:

Me ha gustado poco que por decir yo que su carta es un regalo, me atribuya una actitud versallesca. Decir regalo forma parte del buen idioma de los argentinos, cosa de que hablaré más adelante. Tampoco me parece acertada su referencia a los caballeros franceses de Fontenoy, pues, según el mayor Thompson¹, en las escuelas inglesas se cuenta el mismo episodio pero al revés. Leída su carta y con lo que usted dice de su traductor del libro sobre Lawrence, David Garnett—que no sabía español y a gatas entendía francés— me atengo a la otra hipótesis que no sé si es del mayor Thompson o de Daninos y es la de que las cosas ocurrieron como la cuentan los franceses, pero que los ingleses no las aprovecharon porque no sabían idiomas continentales. Me inclino a esta hipótesis porque es lo que me pasaría a mí con ingleses, franceses “e anche” italianos; he sido mal educado en lo que Catita llama “hablar en idioma” y me temo que usted sospeche que ahí está la raíz de mi posición nacional, como yo sospecho que en sus institutrices está lo de su universalismo. También tiene la culpa mi pésimo oído: con decirle que no sé distinguir “*Los muchachos pero-*

nistas” de “*La marcha de la libertad*”².

Le agradezco la información de que cenar es palabra prohibida en la tribu, pero ya lo sabía por Landrú: sin embargo me pregunto por qué no le pasan el dato a un mozo Leonardo de Vinci que pintó algo en Milán. Habría también que ver los Evangelios por si emplean la expresión “última cena” (supongo que en arameo eso se diría como en “la tribu” pero después los traductores griegos y latinos echaron todo a perder). Ahora le confieso que lo de ULTIMA COMIDA no me suena: da una idea de apóstoles obesos y manjares sustanciosos que no anda con la frugalidad presumida. ¿La solución sería decir *EL ULTIMO SOUPER?*, porque yo creo que se ha confundido la tradicional comida familiar de la noche —la sopa humeante y la “nona” repartiendo los tallarines o los bifés— con esa otra comida posterior a los espectáculos que aquí solamente solía hacer la clientela divertida del Tropezón, del Julien, del Petit Salon. Pero ésta era ignorada por “las niñas” y los patriarcas de “la tribu” la disimulaban.

Usted explica muchas cosas que no tiene necesidad de explicar porque se entienden perfectamente. Nadie cree que usted ha tomado té con tantos personajes de las letras “para darse corte”; casi diría que ellos, por lo menos de los de acá, son los que se dan corte con usted (y por eso se aguantan el té gustándoles los copetines, como usted dice). Le ruego que vuelva a leer el artículo que motivó su primera carta. Es más bien —tiene usted que colocarse en mi punto de vis-

¹ El autor de refiere a *Los cuadernos del mayor Thompson* libro en el cual el escritor francés Pierre Daninos elabora una serie de irónicos relatos que retratan la idiosincrasia de franceses y británicos. (Nota de RE)

² Compuesta en celebración del golpe militar de 1955, autodenominado “Revolución Libertadora” (Nota de RE)

ta para entenderlo— una defensa que un ataque, pues trato de explicar el daño —según ese punto de vista— que usted ha hecho, mostrando las causas y los fines que eran lógicos en usted, como las intenciones a cuyo servicio puso su gran capacidad de trabajo, inteligencia y fe, desentonando y chocando con el propio medio. Pero es claro que no nos vamos a entender. A esta altura del partido no vale la pena que discutamos, si no es por aquello de “te lo digo Juan para que lo entiendas Pedro”. Discutir para los terceros o como usted dice, los delfines.

Usted lo demuestra: yo hice una referencia a lo que dijo Drieu de La Rochelle sobre la pantalla, como califico al aparato literario local y usted me contestó sobre Drieu, sobre sus cualidades personales, pero no sobre una afirmación concreta en que le denunciaba lo que he dicho con una capacidad increíble, ya en 1936. Ahora corresponde que yo insista en que en ningún momento he pensado que usted es un descrédito para el país. Esto me lo dice al final de su carta, pero muy al principio me ha preguntado: “¿Le parece que mis conocimientos del inglés y el francés han hecho quedar mal al país?”. Y agrega: ¡Contésteme, señor Jauretche! Nos ha hecho quedar bien afuera. Y eso es lo malo.



Ilustración de H. Sábat (RE 200)

Esta es una pregunta que no haría nadie de los nacionales, pues nos importa un pito cómo hacemos quedar al país frente a los otros. Nos interesa cómo queda el país frente a sí mismo, pues nosotros sabemos de sobra que Faruk hacía quedar mejor a su país que Nasser, frente a los ingleses. Y aquí está todo el problema. ¿Cree usted que partiendo de este hecho podemos entendernos?

Pero, sin embargo, hay un terreno en el que nos podemos entender y ser útiles al país. Ya le he dicho que no me gusta en general lo que dice, pero sí como lo escribe, porque usted maneja un sabroso idioma, conversado y “a la que te criaste” que es el idioma natural de los argentinos y tal vez podamos contribuir en estas charlas epistolares a irlo redescubriendo. No se trata sólo de palabras sino de modismos, frases hechas, exclamaciones, que las letras no recogen ni difunden pues en lugar de fijarlas las hacen caer en el olvido y tienen que ser reemplazadas por expresiones nuevas que antes salían del lunfardo en la ciudad pues eran lentamente elaboradas y que ahora son mucho más peligrosas porque salen de la televisión o del periodismo y entran sin un período de filtración: toda esa mala literatura como “La Perla del Atlántico” que usted cita o las palabras, como “nosocomio” que supongo va adelante de “necrópolis” (aunque sea la del Norte).

Usted es colaboradora de la página literaria de “La Gaceta”, de Tucumán y en su fina —linda palabra también olvidada— carta a Arminda D’Onofrio usted señala la contribución que ambas aportaron para hacer hablar al Algarrobo de la quinta de Pueyrredón: el aporte de Arminda, más de investigación y estudio, y el suyo, a base de

recuerdos familiares, como ese de los zapatitos sobre los sillones de Prilidiano y la historia a través del lente de los recuerdos familiares que deforman los hechos en su objetividad y los acondicionan con la tradición oral que esfumina el perfil de los personajes y los hechos, pero que le da a la historia su marco vital.

Hay otra escritora argentina –muy amiga suya, según he leído y oído– que también proviene de “la tribu” que me parece evoluciona hacia la valoración de lo propio, según resulta de ese magnífico libro que es *Mundo mi casa*. (Me parece que María Rosa Oliver anda de vuelta de una posición generosa pero que no servía para el país, porque era universalista). Con esto le digo que no me considero necesario para este trabajo y que sólo quiero incitarla a usted a una tarea que usted, con otros, puede hacer y que esa sí va a ser útil para el país (ojo, siempre según mi punto de vista). Yo he leído hace muchos años una nota suya sobre Córdoba en la cual señalaba la torpeza de romper el paisaje con una forestación de coníferas, como si los fondos o los cielos fueran los de Toscana y Umbría y no éstos, donde se encienden de oro los espinillos y se sumerge el verde profundo de los cocos y he leído notas suyas sobre San Isidro y su paisaje en ese idioma que hay que rehacer.

Como muestra de mi proposición hay un temita que se me ocurre en este momento, tal vez por lo de “cena” y “comida”. Está prohibido decir “buen provecho” y eso “no se lleva” ni en la “tribu”, ni en los mersas, ni en el medio pelo, en ninguna parte.

Es razonable que uno no pueda entrar al Maxim’s o a la Tour D’Argent diciendo –“Buen provecho”, “Buen provecho” a los nababs, a los magnates

petroleros norteamericanos, a los vendedores de armas de equívoca nacionalidad, a los argentinos –pocos ya, si los hay–, a los príncipes italianos, ni siquiera a los grandes duques rusos –o sus nietos– que sirven las mesas. Pero tampoco puede hacerlo en una parrilla argentina con cincuenta o sesenta mesas. Pero la cosa es cuando uno entra a una pequeña cantina y los ocupantes de las cinco o seis mesas se conocen o se entra a un hotelito de campaña, de “Cayetano” y uno se mete en frío y trae de afuera frío, hasta que el ambiente se recompone y se queda uno aislado como sapo de otro pozo, ajeno a la humanidad tan humana que lo circunda. ¿No vale la pena rehabilitar el “buen provecho”? Pero a lo mejor volvemos a discutir porque usted verá por lo que digo que yo quiero condicionar las formas a la vida y no la vida a las formas, porque la vida es local y las formas son universales...

Me parece que mis cartas son largas, como usted dice y le doy plazo para evitarle la picazón de contestar. Pero le he hecho una propuesta y me gustaría saber qué piensa usted sobre la misma. Recojo su saludo para la “bandera idolatrada”, pero a causa del defecto de oído que le señalé me es imposible tomar el ritmo de marcha escolar adecuado al mensaje.

Con toda cordialidad,

Arturo Jauretche

Arturo Jauretche (1900-1974) Ensayista y periodista. En 1935 funda con Raúl Scalabrini Ortiz, Luis Dellepiane y otros el movimiento político F.O.R.J.A. Sus notas periodísticas están recopiladas en *Los profetas del odio* y *Prosas de hacha y tiza*, también escribió el *Manual de zonceras argentinas*, un original manual donde analiza prejuicios de lo que llamaba la “pedagogía colonialista”.